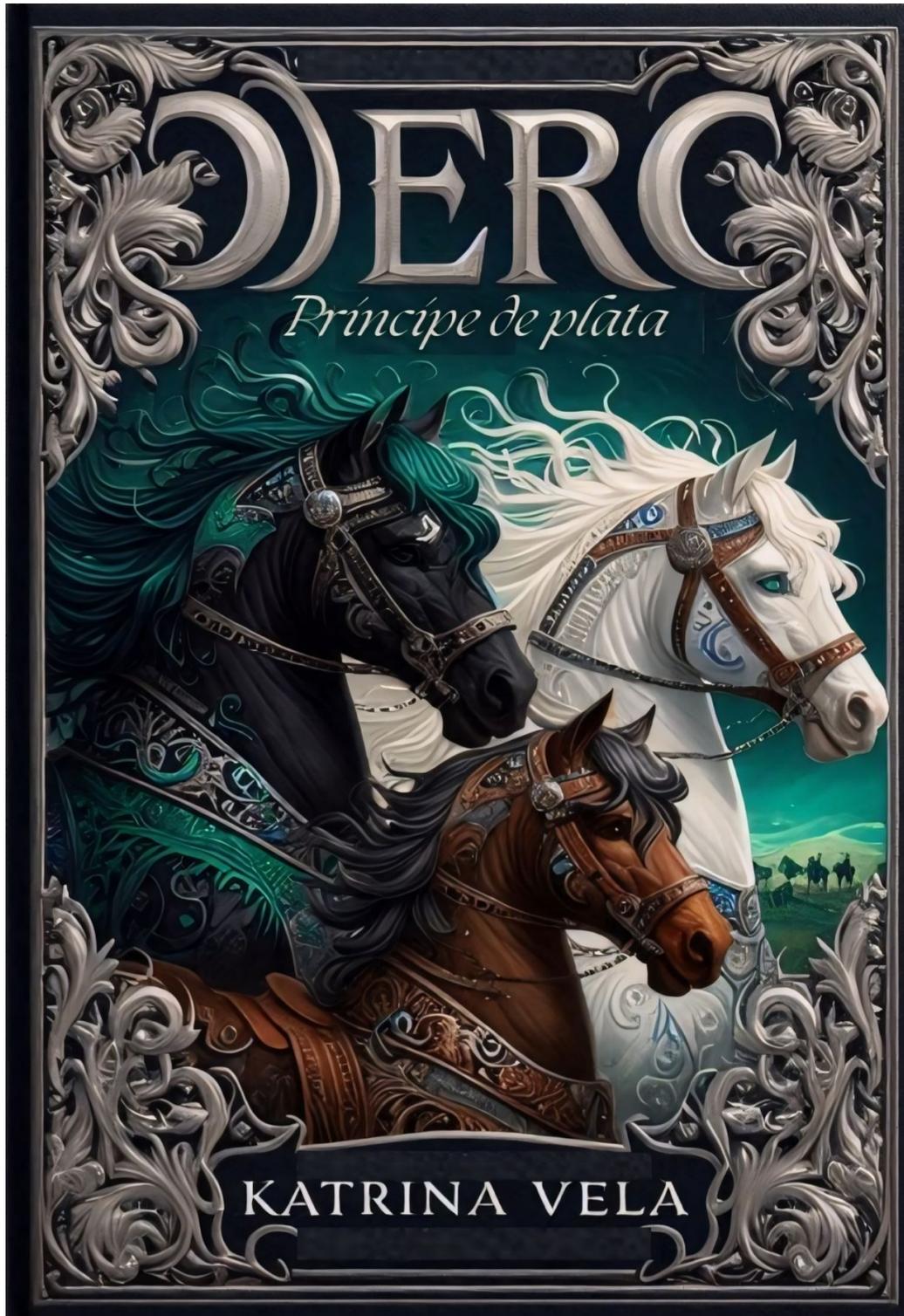


Derg

ANIELKA V



Capítulo 1

Cuando un buen ser humano surge, lo hace solo al arrodillarse ante Dios, dejando que su voluntad sea moldeada perfectamente y olvidando el ego. Solo así encuentra paz interior, como fue el caso de Jaél Derg, un hombre cuyos principios y valores fueron cimentados en Dios.

Su vida era próspera y, siendo hijo único, todo a su alrededor irradiaba la paz a la que se había acostumbrado desde su nacimiento. No le faltaba nada, hasta que un día tuvo que enfrentar la adversidad, aquel oscuro valle donde la única luz física provenía de las velas encendidas por sus compañeros de guerra para sentir un poco de paz.

Cuando el rey dictaba un decreto, no importaba quién fueras. Aunque Jaél no quería empuñar una espada para herir a otro, no se dejaba amedrentar fácilmente. Sus convicciones eran sólidas como el hierro. Sin embargo, en esa prueba, descubrió que lo que creía firme no era tan fuerte como pensaba.

Con el paso de los días, al ver el valle de la sombra y la muerte, como lo describía aquellas palabras que recitaba de protección a Dios, el comprendió que estaba cara a cara con la realidad. Se dio cuenta de que había creído en Dios solo en la comodidad de su cama y en la paz de su cabaña. Sintió el miedo y la angustia en su manifestación más viva y atroz, llevándolo a la desesperación y a cuestionar a Dios y a su hijo.

Una noche, quedaron atrapados Jaél y siete de sus compañeros más valientes en una caverna sin luz. Pasaron días allí, lejos de sus enemigos, con escasa agua y pan. Todos pensaban que morirían. En una de esas ocasiones, Jaél encendió una vela para sentir un poco de calor y fue entonces cuando realmente conoció a Dios. La pequeña y brillante luz le dio paz en medio de tanta oscuridad. Supo que había sido Dios quien le daba fuerzas cada vez que encendía una vela. Jaél volvió a sonreír después de tanto sufrir y creyó verdaderamente en Dios y su hijo.

Aprendió a ver a Dios con los ojos de la fe, entendiendo que las pruebas fortalecen la fe y la confianza en Él. Jaél se llenó de vigor y decidió sacar a sus amigos de la caverna, entregándole el control de su situación a Dios. Se dejó guiar por el laberinto de cuevas hasta que volvieron a sentir el aire libre, llegando a los puertos que los llevaban a los barcos del rey. Fueron los únicos que sobrevivieron de su compañía y el capitán los llevó de regreso a casa.

Cuando Jaél volvió a su cálido y dulce hogar, no volvió a ser el mismo. Buscó la manera de ayudar a otros y tomó el oficio de médico de corceles, lo que lo llevó a conocer a Mary Yeing, con quien tuvo su primer hijo, Ancel. Pero su matrimonio fue efímero y quedó a cargo de la crianza de su

hijo. Tiempo despues tuvo una breve relación con otra joven.

Jaél veía cómo toda doncella que llegaba a su vida se volvía un espejismo, hasta que conoció a Borghild, la pastora que arriesgaba su vida en las noches de pastoreo. Borghild, llena de inseguridades y heridas por sanar, no era una mujer amable, sino tan feroz como un oso. Esta valiosa mujer fue quien llevó a Jaél a convertirse en el poeta que era.

Jaél se iba todas las noches a buscarla en sus pastos, donde cantaba una canción que al comienzo Borghild no toleraba debido a su fuerte carácter. Solo bastaron cinco noches de gran luna y, cuando esta estaba en su máximo esplendor, Borghild se dejó abrigar en sus brazos en el eclipse perfecto. sentía que Dios se acordaba de ella cuando el apuesto varón la desposó.

Era la situación que toda mujer anhela, porque no solo la amó a ella, sino que también cuidó de su hija como si fuera su sangre. Jaél Derg veía en cada una de esas nuevas experiencias como el poder de Dios rodeaba su vida. Disfrutó al máximo los buenos momentos y convirtió las adversidades en entrenamientos para fortalecerse en Dios y en su hijo, con una fe tan firme como el hierro.

Jaél llevaba una gran vida; tenía todo lo que quería: Dios y una familia. Una mañana, revisaba todo su trabajo de esa semana cuando recibió una carta de procedencia religiosa. Aquella aventura con la joven había tenido fruto; el joven buscó a su padre con el pasar de los años, pues se había criado en un monasterio al morir su madre.

Gabriel se sentía solo hasta que leyó la carta que lo cambiaría todo, y Jaél acudió al llamado del monje. Primero pasó ante el líder, un anciano docto y lleno de amor por los huérfanos, quien quería poner a Jaél sobre aviso de cada situación con el joven. Gabriel no era un mal muchacho; solo había sentido la soledad y los azotes de la vida con dureza.

—Es una bella mañana. ¿No lo cree?

—Claro que lo es —replicó Derg, con una expresión amable en sus radiantes ojos.

—Gabriel es un dulce muchacho, y yo diría tímido. Prefiere estar con sus rebaños en medio del bosque... pero hay algo que debes tratar mucho.

—¿A qué se refiere?

—Es muy temperamental. En lo que va de esta semana, lo he sacado de diez pleitos. Ha provocado a personas con las que no debería haberse

metido.

Jaél sabía que Gabriel había tenido una vida difícil antes de llegar allí. Solo tenía deseos de verlo y no quería conocer sus errores antes de ver su dulce rostro, por eso pidió que lo trajeran ante él. Gabriel temblaba al entrar a la habitación y, cuando lo hizo, levantó la vista poco a poco.

Jaél sonrió al ver el rostro más dulce y a la vez tímido. Gabriel pensó que su padre era más de lo que había esperado; parecía un personaje increíble, con una espiritualidad reflejada en sus ojos. El muchacho apenas había avanzado unos pasos cuando su padre fue hacia él. Gabriel sabía lo que el monje le había contado, pero lo que recibió fue un abrazo y palabras que jamás había escuchado.

—Este es mi hijo. No sabía que tenía a tan bello y dulce varón por niño —dijo Jaél, besando su frente y mejillas, ganando el corazón de su hijo en segundos.

Gabriel conocía a Dios, a pesar de su situación. Los monjes solían decirle que Dios se presentaba de formas inesperadas, y ese día sentía que lo veía en el aspecto de un elegante varón de cabellos blancos y abrigo azul oscuro. Gabriel se dejó tomar de la mano como un niño y dejó atrás lo que sería su antiguo hogar.

Fue un camino largo, y para el muchacho un mar de incontables pensamientos. «¿Cómo sería el trato de su hermano con él?» pensaba. Cuando salió, escuchó a su padre decir esa palabra que para él era un sueño. No sabía qué actitud tomar, y cuando vio su hogar por primera vez, quiso dar la vuelta atrás.

Era una gran casa de madera, con campos llenos de corceles y rebaños. El muchacho quería refugiarse tras su padre, lo cual le era imposible, pues Jaél medía 1.87 metros y Gabriel 1.90 metros.

Borghild fue la primera en acercarse, intimidando a Gabriel.

—Mira, Samara, tu nuevo hermano.

El muchacho se inclinó y sonrió levemente a la pequeña. Luego, Ancel se aproximó, extendiendo su mano como muestra de amistad.

—Bienvenido a casa.

Gabriel supo que era apreciado por todos, lo que generó más confianza. Esa tarde se preparó una comida especial para la noche, mientras Ancel le mostraba la casa y su nueva habitación, que ofrecía una gran vista.

Gabriel se sentía cohibido de ser él mismo; era un proceso largo y arduo.

Quería conocer su habitación, y lo primero que hizo fue sentarse en su cama, suave como sus mantas de terciopelo color marrón. El cuarto era grandioso y sencillo a la vez; su armario estaba tallado con figuras de corceles. Supuso que su padre tenía una gran afinidad con los corceles. Solo pensó que era un bello armario para lo poco que traía, ya que en el monasterio vestían de las donaciones, y solo tenía tres mudas consigo, siendo la más decente la que llevaba puesta.

Era la hora crucial: iba a cenar en familia. El muchacho descendió, y Jaél notó su escasa ropa. Gabriel era como su madre, con ojos azules y cabello marrón oscuro, y se percibía tanta delicadeza en él. Era bello como su madre.

—¿Qué te gustaría estudiar? —Jaél rompió el silencio.

—En el monasterio aprendí a leer, escribir y matemáticas... también sé...

Se detuvo con algo de vergüenza, imaginando todo lo que sabía Ancel.

—No te avergüences —dijo Jaél, cuya personalidad lo incitaba a ser seguro.

—Pastoreo rebaños.

—¿Te gustan los animales?

—Sí.

—Entonces te enseñaré mi oficio —propuso su padre esa noche.

A la mañana siguiente, Jaél lo llevó, acompañado de su hermano, al gran comercio y buscó al anciano sastre que siempre confeccionaba sus trajes. Abrigos largos, algunos con capotas y otros tradicionales. El anciano vivía con su esposa y nietos, y era el mejor de Job. Otros buscaban a los más reconocidos, pero para Derg él era el mejor. Todos glorificaban a Dios en cada detalle, ya fuera grande o pequeño.

—¡Mi mejor cliente! —saludó al estrechar la mano de Jaél—. ¿Y quién es este muchacho?

—Mi hijo, Gabriel.

—Entiendo. ¿Busca algo especial para él o prefiere elegir?

Gabriel miró a su padre como si la decisión le estuviera prohibida, pero Jaél solo le pasó el libro que tenía en las manos. Gabriel no podía creer

cómo su padre, a pesar de apenas conocerlo, lo trataba tan bien. Era un reflejo de cómo Dios trataba a los hijos que se acercaban a Él: no revivía sus errores ni lo malo que habían hecho, sino que los recibía como un padre amoroso, deseoso de bendecirlos.

Gabriel eligió siete prendas para empezar, y luego Jaél pidió a Ancel que lo acompañara a dar un recorrido por el gran pueblo. Era un lugar agradable y lleno de actividades. Entre ellas, se destacaban las grandes apuestas sobre la mejor lana de los rebaños de la semana. A Gabriel le llamó la atención y se acercó, con Ancel a su lado, siempre amable.

—¿Por qué papá nos dejó? —preguntó Gabriel.

—Cuida de todos los corceles del pueblo —respondió Ancel, sorprendiendo a Gabriel con su respuesta.

Ancel era sereno y alegre, quizá un poco burlón. Había hijos de otros hombres prestigiosos que no lo veían con buenos ojos, aunque no por una mala razón. Ancel era un chico noble que podía pasar por alto las ofensas. Los dos disfrutaban del corte de lana cuando los hijos de Jarang se les acercaron, rodeándolos como una cuadrilla de lobos.

—¿Conseguiste escolta? —se mofó el fortachón de cabellos tan rubios que sus cejas se perdían con el sol—. No le temo a tu guardián, tiene cara de niño dulce.

Gabriel los miró con una intensidad desconocida para Ancel. El muchacho, normalmente sosegado, solo pidió que se apartaran, pero Gabriel no soportó la risa sarcástica de sus labios pálidos. Sorprendiendo a todos, lanzó un fuerte puñetazo que envió al joven al suelo. Al ver lo sucedido, algunos espectadores huyeron y otros hombres intervinieron para separar a los muchachos.

Ancel suplicaba a Gabriel que se detuviera, y cada vez que avanzaba su temperamento sorprendía a todos. Solo cuando escuchó la voz de su hermano suplicando con lágrimas, se detuvo. Pero ya era tarde. El heredero de Jarang huía con fuertes golpes, poniendo a Jaél en una situación que no imaginaba tener que enfrentar tan pronto.

Capítulo 2

Ancel tomó el pañuelo y lo humedeció con cuidado. La sangre que brotaba del labio inferior de su hermano lo llenaba de una inquietud desconocida. Gabriel podía percibirlo; Ancel jamás había enfrentado algo así. Su hermano menor era, sin duda, un muchacho excepcionalmente noble y bueno, y esto solo alimentaba sus propias dudas y sentimientos de insuficiencia, como buen muchacho. Aunque no había mucha diferencia de edad entre ellos, Gabriel nunca había encontrado tanta pureza y nobleza en una sola persona.

—No debías actuar así... Aquel muchacho es hijo de Jarang, una casa muy reconocida —sus labios temblaban al decirlo.

—¿Y porque son de alta sociedad, debemos dejar que nos pisoteen?

—No es ese el punto... papá trabaja para él.

Las palabras de Ancel hicieron que Gabriel se preocupara aún más. Dejó caer el pañuelo al suelo, presa de la angustia.

—Tal vez me envíen de vuelta —expresó su mayor temor en voz alta.

—No lo creo, papá es más paciente que eso.

Los dos se preparaban para enfrentar el momento con papá. Gabriel solo deseaba que todo terminara pronto, y no tardó en mostrar su incomodidad; su piel se volvía pálida al sentir los ojos de su padre sobre ellos.

—¿Cómo terminó su día? —preguntó Jaél, sin apartar la vista de la herida en la boca de Gabriel.

Jaél no quería asumir lo peor, pero el silencio era más elocuente que cualquier palabra. Ese mutismo lo llevó a recordar las palabras del monje.

—Ancel, ¿Qué ocurre?

Sabía que su muchacho no mentiría. Ancel prefería morir antes que faltar a la verdad, y así lo hizo. Mientras Ancel hablaba, Gabriel bajó la vista, sintiendo su tristeza palpable en cada respiración. Derg, en los pocos días que llevaba con Gabriel, sentía un amor profundo por él, como si lo conociera de toda la vida. Pero lo que había sucedido ese día era una situación que solo Dios podía ayudar a resolver. Por eso, cuando Jaél pidió estar a solas, Gabriel sintió que solo había venido a perturbar la paz del

hogar de los Derg.

Fueron unos minutos en esa habitación donde Jaél solía atender sus negocios, un tiempo suficiente para encontrar paz y sabiduría. Sabía que debía ser cauteloso al tratar con Gabriel, así como con la casa Jarang. Meditaba en todas estas cosas, encomendándose con Dios y su hijo, cuando Borghild entró con la mala noticia.

—Jaél, Jarang está aquí y trae al gobernador.

Jaél se levantó de su silla con determinación y salió a enfrentar a sus visitantes, con la frente en alto y la mirada fija.

—Jaél, contra ti no tengo nada —dijo el padre del muchacho, lanzando una mirada severa hacia la ventanilla donde Ancel impedía a Gabriel salir—. Sea quien sea ese muchacho, debe presentarse ante mí.

Jaél observó a los hombres de Jarang y comprendió sus intenciones.

—Jarang, lamento profundamente el daño que mi hijo ha causado, pero no lo sacaré frente a ti. Soy un padre angustiado, igual que tú, hijo de Jarang.

—¡Es tu hijo! —exclamó el hombre del norte, deseando venganza más que respeto—. Lo siento, Jaél Derg, te respeto porque sé que eres un hombre íntegro; de ti no se oye ningún chisme profano en estas tierras, tanto que hasta los animales darían fe de tu honestidad. Pero hoy mancillas tu nombre con ese intruso.

Derg respiró profundamente y miró el cielo estrellado en busca de fortaleza.

—Pagaré todo lo que necesite el muchacho. Yo me encargaré de mi hijo y le impondré el castigo adecuado.

Jarang, con los dientes apretados de ira, vio una oportunidad en la situación.

—Cinco mil monedas, y tu trabajo sin paga por un mes.

Gabriel, al escuchar esto, sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Quiso salir y entregarse. ¿Cómo podía destruir así la paz de un hogar? Su padre le daba todo por amor y él no sabía apreciarlo. Su dolor era tan intenso que lo impulsó a actuar.

—No, padre, ino soy digno de tal sacrificio! Lo que me pase hoy, lo

merezco.

Jarang posó sus ojos en el muchacho y comprendió la ventaja. No era que su hijo fuera inferior si se trataba de fuerza, pues eran de la misma estatura, pero su personalidad era débil. Dante carecía de carácter y de capacidad para pensar por sí mismo; solo seguía las órdenes de su padre.

Todos esperaban una respuesta de Jaél. Quien en lugar de hablar, solo lo abrazó y besó su frente. No tolerando volver a oírlo que de un grito lo envió a casa, aceptando el trato de Jarang. Gabriel no pudo soportar la culpa y se echó a llorar en su habitación. Las lágrimas no compensaban ni remediaban su error. Su angustia fue tanta que decidió buscar un trabajo para devolverle a su padre cada centavo perdido por su acción.

Esa noche no bajó a cenar y, a la mañana siguiente, intentó escapar de la vista de todos para buscar un empleo.

Pero la voz de Jaél lo detuvo.

—Hoy debo atender los corceles de un amigo. Estarás a mi lado todo el tiempo y aprenderás mi oficio.

Gabriel no dijo nada, pero la autoridad con la que Jaél habló no era fría; se sentía protectora. Era una muestra de que solo quería su bien. Gabriel estaba decidido a ser tan bueno como él en su trabajo, y así devolverle todo lo que había perdido por tener un hijo terco.

Ese día, su padre estaría presente en los partos de varias yeguas. Su amo quería asegurarse de la salud de los animales, y quién mejor que Jaél para hacerlo. Su conocimiento sobre los equinos era vasto, igual que su sabiduría, y su amor por ellos.

—Bienvenido, señor de los corceles. No hay en este mundo otro hombre que conozca a los equinos como tú, Derg el sabio.

—Fiel amigo, ¿o lo dices solo por el interés en tus caballos?

—Veo que el gran Derg se ha transformado hoy en su hijo.

Baren se refería a Ancel y sus bromas. En Job, no había quien no conociera su risa contagiosa y encantadora. Esto llamó la atención de Gabriel. Ni siquiera había visto la primera expresión de Ancel y pensó que tal vez no le tenía confianza.

—Hablando de hijos, te presento a Gabriel.

—Gabriel, tienes los ojos de tu padre —dijo Baren, fingiendo no estar

sorprendido. Luego, se acercó a Derg y murmuró—: ¡Una aventura!

—Sí.

Gabriel solo mostró una expresión al escuchar que se parecía a su padre y se unió a las tareas del día. Vio nacer siete bellos corceles de diferentes colores. Observaba la dedicación de su padre, quien era íntegro y entregado a lo bueno. Todos admiraban su oficio.

Jaél sentía la mirada de su hijo sobre él. Al notarlo, llamó a Gabriel, pues una yegua estaba teniendo dificultades en el parto. Jaél se quitó los guantes y se lavó bien las manos. Mientras lo hacía, habló a su hijo con la actitud de un maestro.

—Solo observa y guarda este acto en tu corazón.

Gabriel vio a su padre meter la mano y acomodar al pequeño corcel para que no muriera. Fue sorprendente verlo salvar al animal. Jaél fue tan delicado con la yegua como una pluma sobre papel. Otro habría maltratado su cuerpo, pero él era consciente del dolor que podía provocar.

Pero no había mejor recompensa que contemplar el resultado final: un potrillo que se erguía por primera vez en el mundo. Aún cubierto de sangre, su madre comenzó a limpiarlo. Jael se puso de pie y lavo sus manos satisfecho por haber cumplido su misión.

Gabriel se comprometió a seguir sus pasos, grabando cada enseñanza sobre cómo administrar medicinas y mantener la salud de los corceles. Fue un día inolvidable, pero lo mejor estaba por venir. Mientras regresaban a casa, Jael se detuvo frente a una colina con un gran árbol en la cima, que el naranja lo dominaba en otoño, y las flores azules en primavera.

—Solía sentarme aquí con tu hermano —recordó, hablando de su vida solitaria con Ancel antes de conocer a Borghild—. Ven, ahora es tu turno.

Invitó a Gabriel a subir la colina y sentarse bajo el árbol para contemplar la caída de la noche.

—Hoy quiero entender tu situación y por qué actúas así —sabía que su hijo quería desahogarse, aunque le costara—. ¿Por qué tu ira es más fuerte que tu dulzura? ¿Qué o quién causó tu trauma?

Gabriel guardó un silencio absoluto durante minutos, seguro de que su padre no se rendiría y solo esperaba.

—Desde hoy, nos hablaremos con sinceridad. Yo te contaré mis secretos si tú me cuentas los tuyos.

—No es un secreto que mamá te dejó —respondió Gabriel con firmeza, sorprendiendo a Jael por la intensidad de sus palabras—. Muchas veces me pregunté por qué no tenía un padre. Pero ella nunca dijo nada, solo guardó silencio y me dejó con una herida que no sanaba.

Hizo una pausa para reunir fuerzas, consciente de lo difícil que era continuar.

—Vivíamos de lo que ella ganaba en las tabernas gracias a su canto. La vi llorar noches enteras porque no podía darnos una vida mejor. También la vi postrada en cama muchas veces cuando la enfermedad en sus pulmones empeoraba.

Esa noche, Gabriel miró a su padre a los ojos, mostrándole cuánto le había hecho falta un padre, incluso un hermano.

—Una noche logró juntar suficiente dinero. Íbamos a casa con un cesto lleno de los panecillos más deliciosos que pudimos comprar. Ver cómo los bandidos nos lo arrebataron todo me llenó de impotencia. La vi llorar y gritar. Cada situación me convenció de que no permitiría que nos hicieran daño de nuevo.

—¿Luchaste en las calles, verdad?

—Sí, lo hice, pero con el tiempo se convirtió en un vicio o una costumbre. Me volví menos tolerante.

Lo confesó con los ojos llenos de lágrimas, que para Jael eran como diamantes.

—Deja que tu llanto sea como un manantial que refresque tu alma. Ven a mi regazo, donde encontrarás comprensión.

Gabriel anhelaba ese abrazo paterno que tanto le había faltado. Su padre, con todas sus enseñanzas, era como Dios, un padre ansioso por dar amor al hijo que lo buscaba.

—Cuando no esté, hay un Padre más grande que yo para ti, uno que también escucha y sana tus heridas.

Gabriel cerró los ojos y, entre los brazos de su padre, se dejó guiar hacia esa verdad.

—Tal vez te preguntaste muchas veces por qué Dios no estaba contigo. A veces no le diste espacio, o pensabas que solo se manifestaría de formas

grandiosas. Cosas aparentemente insignificantes son Dios en tu vida.

—Tú no eres insignificante —la confesión de Gabriel conmovió profundamente a Jael.

—Dios puede ser un bello amanecer, el canto de un pájaro, el llanto de un bebé. Me perdí el tuyo —se lamentó por no haber disfrutado del proceso, pero no era momento de lamentos—. Siempre que enfrentes adversidades, recuerda: el Hijo de Dios no se resistió a la prueba; solo se inclinó y buscó a Dios.

Gabriel pensó que era la mejor noche de todas. Descansaba en los brazos de su padre, deleitándose con el cielo. Escuchar a su padre hablar de Dios era algo único; ni el religioso más devoto en su templo podría hablar con tanta devoción.

—¿Cuándo fue la primera vez que lo viste?

—Fue en medio de la oscuridad más profunda.

Capítulo 3

La calma y los nuevos episodios en la vida de Gabriel describían cambios sustanciales que mejoraban su comportamiento. Borghild nunca contrariaba a Jaél, incluso si veía las cosas desde otra perspectiva. Su matrimonio era como una democracia, justo para ambas partes, pero Gabriel era su hijo, y si iba a ayudarlo, lo haría apoyando a su gran amor. Aunque no tuviera fe en el muchacho, que ahora era parte de su sangre, pues la de Ancel era una porción de cielo en la tierra.

Esa mañana, Ancel esperaba una noticia. Ya había pasado un año desde que envió su primera carta a los maestros de Diefranken. El muchacho soñaba con ir a la mejor casa de estudiantes para ser preceptor. Ancel se aferraba a Dios y a su hijo, sabiendo que el control de su situación estaba bajo su autoridad. Siempre estuvo seguro de recibir una respuesta, aunque los meses se le hicieron eternos. Su fe, finalmente, fue recompensada.

Un martes de buenas noticias, fue ese día para Ancel, recibió la carta que tanto anhelaba. Al leerla, corrió a buscar a Gabriel, ya que para papá sería una noticia llena de alegrías y tristezas a la vez. Su niño se iría, y no sabía por cuánto tiempo.

Gabriel acomodaba la paja que llegaba, así como los cereales. No podía salir sin permiso de Jaél. Era el proceso más duro. Su edad no era la de un niño; era tan adulto como Ancel. Pero, los días al lado de su padre le habían enseñado sabiduría, y sabía que cada consejo tenía un propósito.

—¡Gabriel, ven! —El grito lo hizo seguirlo, y al estar en privado, Ancel le pasó la carta a sus manos.

—¡Te aceptaron! —Gabriel se maravilló de su inteligencia—. Diefranken, son los mejores, son los preceptos de los reyes... ¿Has pensado en papá? ¿Cómo lo tomará?

—Dolor habrá de ambos lados, pero lo entenderá —dijo Ancel, antes de romper en un llanto incontenible.

—Serás un gran preceptor —se abrazaron como dos hermanos unidos por un vínculo inquebrantable.

—Voy a visitar a una amiga, ¿quieres venir conmigo?

Gabriel bajó la mirada y dio la espalda, retomando su trabajo con la estacada.

—No debo.

Ancel percibió la falta de confianza de su hermano, entendiendo lo difícil que era para él dada su situación.

—Será solo un poco fuera del pueblo y lejos de los Jarang. Prinst vive con su abuela; el único inconveniente es su cabra.

Gabriel esbozó una sonrisa y lo pensó. Era un lugar seguro. ¿Qué podría pasar? Solo perdería unas horas conociendo gente nueva.

Ambos montaron sus corceles y partieron, fuera de la vista de Borghild, galopando como si participaran en las grandes carreras de Land Everyones's Era una apuesta emocionante, y gracias a Job, los pinos y pastizales dorados como el sol convertían esas tierras en un pueblo espléndido.

Su alegría brillaba tanto como los rayos del sol que los envolvían, hasta llegar a la pequeña cabaña, donde solo uno salió victorioso: Ancel, el conocedor de corceles. El terreno era de pasturas, y sus rebaños eran su mayor tesoro. Prinst, la joven, los llevaba a pastar todos los días.

—¡Es Ancel, abuela! ¡Mi futuro esposo!

—¿Yo, tu futuro esposo?

—Sí, lo digo con total convicción. Cuando regreses de estudiar, estaré tan preparada para el matrimonio como lo estuvo mi abuela.

—¿Entonces lo aseguras? —preguntó Gabriel, observando a Prinst. —Soy Gabriel, hermano de Ancel.

—¡Vaya, pensé que veía un ángel!

Al oírla, Ancel soltó una carcajada y se sintió libre de cualquier compromiso. Prinst era su mejor amiga, y no había más que eso. La abuela de Prinst los invitó a pasar y les ofreció galletas con té. Gabriel no se arrepentía de haber venido; ver a su hermano reír con su mejor amiga era una experiencia nueva. Habían pasado cinco días desde el incidente con los Jarang, tiempo suficiente para olvidar su mal momento.

—Me aceptaron en Diefranken —anunció Ancel con una gran sonrisa.

—¡Lo dices en serio! —exclamó Prinst, incrédula.

—Sí, Prinst.

—Ahora que tu hermano se marcha, tú tendrás el rol de hermano mayor. ¿Qué oficio elegirás? —preguntó la anciana, erguida y con la sabiduría reflejada en cada uno de sus cabellos blancos.

—Quiero ser veterinario como papá.

—Es una elección acertada. Ancel deseaba trazar su propio camino y sufría por no seguir los pasos de su padre. Dios escuchó su plegaria, porque no solo le dio su anhelo, sino también un hermano.

Todos prestaban atención a las palabras de la anciana cuando el retumbar de varios cascos de corceles llevó a Prinst a correr hacia la ventana. Las pocas palabras que gritó llenaron a Ancel de preocupación: los escoltas de Jarang.

—¡Vendrán a llevarse nuestras ovejas!

—¿Qué dices? —Ancel quedó perplejo al oírlo.

Mientras lanzaba miradas discretas hacia Gabriel, que permanecía en silencio absoluto, Ancel salió a enfrentar la situación. Mientras que Gabriel permaneció sentado con la firme determinación de no intervenir, sabiendo que su presencia solo empeoraría las cosas.

Los secuaces de Jarang, al ver a Ancel, recordaron el incidente con el hijo del amo, pero esta vez, su problema era con la anciana.

—Pedí un tiempo para reunir esas monedas. ¡Cómo osa tu amo ser tan despiadado!

—Tus palabras no significan nada si Jarang lo dice.

Gabriel siguió a la mesa, bebiendo el té e ignorando la situación. Para él, parecía un imposible debido a los repetidos gritos de la joven. Sus rebaños serían tomados a cambio de la deuda, sin importar el llanto desgarrador de la niña. Sus manos temblaban, recordando lo injusto de la situación. Era lo único que tenían, y esto le recordaba a su madre llorando. ¿Cómo podía ser indiferente? Su vida había estado rodeada de ese entorno de desamor y crueldad.

—¡Cómo pueden ser tan egoístas! —gritó su hermano, enfadado, siempre pensando en Gabriel, que no debía intervenir.

La única imagen que detuvo a los malhechores fue la de Gabriel descendiendo los escalones. Su presencia allí fuera, con una mirada segura y desafiante, tentó a los hombres, quienes recordaron las ofensas

de Jarang.

—¡Nooooo, Gabriel, entra! —imploró su hermano, en un tono desesperado, aunque Gabriel parecía sordo a sus palabras en ese momento.

—¿Qué han hecho para merecer esto?

—Cierra la boca. ¿Acaso olvidas que nos debes una?

Se miraron entre sí, con corazones oscuros hablando a través de sus miradas.

—Nadie te llamó. No debiste salir —lo rodearon como lobos. —Hoy veremos cómo termina tu valentía, niño estúpido.

—¡No lo toquen!

—Cállate, Ancel, el frágil —se burló de él el hombre corpulento.

—Mi hermano no es frágil, es puro y amado por Dios.

—Bien dicho. Tú eres como nosotros —se mofó otro cerca de él. —¿Qué se siente saber lo que va a pasar?

Cada palabra fue mordaz y preparó a Gabriel. Que en medio de la situación, vio el cayado de pastora de Prinst. La joven, en su inocencia, lo lanzó creyendo que sería útil.

—¡Jajaja, un cayado!

Sus risas resonaron como las hienas tras su presa. El primero se lanzó hacia él, viendo cómo Gabriel saltó impulsado por su cuerpo, Su abrigo cortaba el viento y su arma golpeó a dos de ellos. Su estilo de combate no solo asombraba a los hombres de Jarang, sino que también dejaba a Ancel atónito. Al ver su osadía, los cinco se abalanzaron sobre él, pero su forma de enfrentarlos era como la de los guerreros de Land Everyones's, solo que con un cayado de pastora en lugar de una espada real.

Uno de ellos logró herirlo en su mejilla, agarrándolo de sus brazos el más grande para recibir, el golpe del líder, quien llevaba un guante con finos detalles de hierro. Ancel gritó al verlo, temiendo por el rostro de Gabriel, pero vio algo diferente. Gabriel se inclinó hacia adelante y soportó el peso de su atacante hasta hacerlo caer. El duelo parecía interminable hasta que la anciana apuntó con una ballesta hacia ellos, con la determinación en su voz de una mujer de valor.

—¡Vayan a herir a otra parte!

—¿De verdad eres capaz de hacerlo? —se burló el hombre, seguro de que ella no lo haría, pero el temor se apoderó de él cuando una flecha pasó cerca.

Al ver lo sucedido, levantaron a su amo y huyeron humillados por haber sido vencidos por una anciana y un joven con un cayado de pastora. Gabriel mostraba lágrimas de angustia al notar que su mejilla sangraba, no tanto por el dolor físico, sino por lo que papá diría al respecto.

—No te preocupes, vi todo. Fue en defensa propia —Ancel lo abrazó. —No suelo hacer esto, pero hablaré con papá.

En Casa de Derg, el hombre esperaba en la entrada junto a Samara, rogando a Dios de que no hubiera caído en la tentación. Cuando divisó a los dos cabalgando de regreso a casa, aparentemente sin alteración, hasta que notó el moretón en la mejilla de Gabriel, quien permaneció en silencio y dejó que Ancel explicara.

—Hicimos una apuesta, una carrera hasta los lagos. Gabriel se cayó del caballo.

Ancel esperó la reacción de papá, preguntándose si le creería o no. Nunca antes había mentado en su vida. Jaél los observó en silencio por unos segundos, donde la incertidumbre de Ancel mostraba más que la veracidad de sus palabras.

—Vamos a la mesa, ya está servida —dijo Jaél, tomando a Samara de la mano mientras entraban al comedor.

Antes de sentarse, Jaél detuvo a Gabriel, guiándolo hacia un pequeño cuarto donde guardaba ungüentos y todo tipo de medicinas naturales, preparadas para situaciones como esa.

—¿Quién ganó la carrera? —preguntó Jaél mientras aplicaba un ungüento fresco y calmante en la herida de Gabriel.

—Ancel es increíble al correr —respondió Gabriel.

—Sí, lo es —Jaél sonrió, con sus ojos llenos de ternura—. Y tú también lo serás.

El estaba feliz y orgulloso, de su muchacho, abrazando a Gabriel por unos momentos, que los disfrutaba, después regresaron a la mesa, sin percibir como Borghild, al ver el moretón en la mejilla de Gabriel, se sobresaltó,

aunque no dijo nada, confiando en la palabra de Ancel.

—Después de comer, aprenderás todo sobre la medicina para corceles —dijo Jaél.

—¿Cómo aprendiste a crear tus propios remedios? —preguntó Gabriel, asombrado por las horas que veía a su padre trabajando en el laboratorio sin saber realmente lo que hacía.

—Los años te dan experiencia, y Dios proporciona la sabiduría necesaria.

—¿Te duele? —interrumpió Samara, preocupada por la herida en la mejilla de Gabriel.

—Sí, un poco. Ganarle a Ancel es un reto, y perder me costó el beso de una roca —dijo Gabriel con una sonrisa.

Después de cenar, Gabriel pasó la tarde con su padre en el pequeño laboratorio. Observó con fascinación cómo Jaél creaba un antibiótico desde cero, utilizando diversos componentes. El proceso fue largo, pero el resultado demostraba la vasta experiencia de Jaél en ese campo.

—¿Por qué no los compras ya hechos? —preguntó Gabriel con curiosidad.

—Los productos comerciales suelen ser más agresivos. Matan la enfermedad, pero con el tiempo solo despiertan otra que estaba oculta a nuestros ojos.

—¿Siempre son efectivos? Perdón por la pregunta.

—Sí, pero la clave no es solo la medicina, sino la fe en Dios. Siempre inclúyelo a él y a su Hijo en cada misión o proyecto, y todo saldrá bien.

—Así que ese es tu gran secreto —dijo Gabriel, entendiendo finalmente.

Jaél sonrió, satisfecho con la comprensión de su hijo, y continuaron trabajando juntos en el laboratorio, forjando no solo remedios, sino también valiosas enseñanzas y recuerdos.

Gabriel, tras aquel suceso, permaneció en silencio, anotando meticulosamente cada componente en su pequeño libro. Que era un recuerdo de su madre, era el regalo más sencillo pero valioso que poseía, y ahora estaba cobrando un significado especial. Jaél observaba a su hijo con la admiración de un padre orgulloso. Veía cómo el joven, maduro por momentos, se transformaba en el niño que nunca había conocido. Derg, lleno de sentimientos y ternura, expresó su emoción con un abrazo

paterno.

—Gracias por intentarlo, hijo mío —dijo Jaél, mientras el sonido de su voz fue como los pájaros al cantar para Gabriel.

El sol ya se estaba ocultando, y el tranquilo ocaso no contrastaba con la agitada mañana. De repente, el grito de Samara, que jugaba con sus muñecas en el corredor, puso a todos en alerta: el primer establo estaba en llamas. Gabriel y Ancel corrieron junto a su padre para salvar a los corceles. Las paredes de madera se convertían en columnas de fuego. Mientras los jóvenes lograban sacar a los corceles, Jaél luchaba por apagar el incendio, pero todo se perdió, reducido a cenizas.

Gabriel pensó por un momento que podía haber sido un accidente, pero la duda persistía. Miró a Ancel y lo comprendió: ambos jóvenes sospechaban de algo más. Fue entonces cuando Jarang llegó montado en su corcel. Jaél miró a Jarang y luego a su hijo, cuya herida en el rostro decía más que mil palabras.

—Jaél, la ruina te visita por culpa de un niño tonto.

—¡Lo que vayas a decir, no lo aceptaré! ¡Yo diré la verdad! —exclamó Ancel, lleno de emociones encontradas—. Toda mi vida soporté los agravios de tu hijo. Hasta hace unos días, Gabriel solo se defendió de tus secuaces violentos, y lo hizo con un simple cayado de pastora.

—¡Si lo viste, ¿por qué mentiste?!

Ancel no quería oír eso de su padre, pero ese día lo enfrentó.

—Todo fue mi culpa. Insistí en ir a la casa de Prinst, él solo nos defendió de la injusticia de Jarang.

Gabriel permanecía en silencio, observando la escena que había causado. ¡Como podía ser promotor de algo así! Borghild lo acusaba con la mirada, consciente de la gran pérdida para su padre, al sentir la actitud en su contra, tal vez después de esto su padre iba a perder la fe en él, y lo enviaría devuelta a su antiguo hogar.

Derg permanecía en silencio, reflexionando sobre cómo había confiado en Jarang durante todo ese tiempo. Siempre lo había visto como una persona íntegra y un hombre destacado en los negocios. Habían compartido vino en el pasado, pero hoy mostraba su verdadero rostro, era uno irreconocible.

—No te juzgo, y te perdono por el daño. Pero desde hoy, busca otro médico para tus corceles. Lo lamento por los corceles y por ti, por tu

sendero desorientado de la verdad. Oraré por ti.

Las palabras de Jaél hicieron temblar a Jarang, quien dio la vuelta y huyó, con la consciencia destruida.

—Vamos adentro —dijo Jaél con la voz quebrantada, mostrando paz y serenidad ante todo.

—Perdón, padre, es mi culpa. Le hice dejar su oficio para causarle un problema.

—No es tu culpa —intervino Borghild—. Todo es culpa de Gabriel, quien te corrompe.

Borghild subió a su habitación, después de dejar que su impulso, no la dejara actuar con sabiduría, despertando en Gabriel la sensación de que no pertenecía allí, de que lastimaba a su padre.

—Ella tiene razón —dijo Gabriel antes de subir a su habitación.

Nunca había llorado tanto en su vida. Sentía que lo que había causado era demasiado. Amaba a su padre y a sus hermanos, lo más hermoso que había tenido después de su madre. Le decía a Dios que le había dado el mejor obsequio, pero no se sentía digno de él, no con lo que causaba.

Sabía que si seguía allí, solo les traería problemas. Decidiendo marcharse, y regresar a la vida de su padre el día que fuera otro. Gabriel tomó su ropa y empacó. Era más de la medianoche y todos dormían. Lo que estaba de su lado, el muchacho descendió hasta la habitación donde pasó la tarde con su padre y allí, los sentimientos lo abrumaron. Dolía tan profundamente como el día que su madre se fue. Viéndose en la obligación de correr para tener el valor de huir y, mientras lo hacía, no miró atrás. Cada paso traía memorias de su padre, de cada abrazo, de cada momento vivido con Ancel. Estas memorias se convertirían en la razón para construir otro Gabriel. Su llanto fue tan triste que la mañana siguiente se veía fría, contagiada de su pena.

Borghild sintió a Jaél levantarse de su cama. Ella se sentía culpable por lo que dijo sin pensarlo. Al final, él era su hijo. Jaél quiso hablar con Gabriel, pero cuando vio la habitación vacía y fría, el dolor en su corazón era difícil de describir. Su hijo había dejado una carta para él, no se había ido sin decir un adiós.

“Mi corazón vuelve a doler, pero si me quedo un poco más no seré de ayuda para ti, mi gran padre. Mereces más de lo que doy. Los días a tu lado han sido bellos como el cielo. Me llevo las más hermosas memorias que me ayudarán a cambiar. Perdóname y no me busques donde ya

estuve antes de conocerte, porque no me hallarás.”

Esa noche, Jaél montó su corcel y cabalgó hasta lo más alto de Job, donde cantó una canción para su hijo. Dios era esa calma para su dolor, el único que podía traer paz a tal sensación, porque para Derg, estaba atravesando un valle de adversidad una vez mas.

Canción

El viento golpea mi cuerpo por su gracia.

El sol alumbra mis días por su gracia.

La luna ilumina mis noches por su gracia.

Los pájaros cantan a mi ventana por su gracia.

Dios y su presencia llegan ante mí de mil maneras.

El llanto de mi hijo al nacer es su gracia.

La sonrisa, y cada expresión continua de su amor, es su gracia.

Su voz es su gracia.

Sus ojos son su gracia.

